

Lunes 1 de Agosto del 2011

Página: 09

REDACCION

¿Qué sabemos de los no inscritos?

Entre las reformas políticas que aún están pendientes y que ciertamente generan incertidumbre en el ambiente político se encuentran, entre otras, el voto voluntario y la inscripción automática.

Si bien aún existe un debate interno al interior de los partidos y coaliciones en materia de principios —es decir, si el voto debe ser voluntario u obligatorio—, hay otra discusión que tiene que ver con los efectos de una reforma como ésta en relación con el mapa electoral. Dicho en otros términos, sobre los efectos políticos y electorales que tendría la entrada como asimismo la salida de votantes en un escenario de libertad de voto.

Al respecto, existe una amplia literatura acerca de los efectos; vale decir, sobre el impacto que el voto voluntario tiene en la participación electoral de distintos grupos o sectores sociales. Por lo pronto, existen antecedentes de que los países con voto obligatorio tienen porcentajes de participación electoral superiores a los de los países con voto

El quinto gobierno

El quinto gobierno...



¿Qué sabemos de los no inscritos?

Entre las reformas políticas que aún están pendientes y que ciertamente generan incertidumbre en el ambiente político se encuentran, entre otras, el voto voluntario y la inscripción automática.

Si bien aún existe un debate interno al interior de los partidos y coaliciones en materia de principios —es decir, si el voto debe ser voluntario u obligatorio—, hay otra discusión que tiene que ver con los efectos de una reforma como ésta en relación con el mapa electoral. Dicho en otros términos, sobre los efectos políticos y electorales que tendría la entrada como asimismo la salida de votantes en un escenario de libertad de voto.

Al respecto, existe una amplia literatura acerca de los efectos; vale decir, sobre el impacto que el voto voluntario tiene en la participación electoral de distintos grupos o sectores sociales. Por lo pronto, existen antecedentes de que los países con voto obligatorio tienen porcentajes de participación electoral superiores a los de los países con voto

voluntario; sin embargo, esto depende de si las sanciones son aplicadas efectivamente. A modo de ejemplo, en países en los que no se aplican sanciones o éstas son muy débiles, las diferencias con aquellos en que el voto es voluntario en algunos casos no existen o son menores (México, Brasil y Bolivia versus Noruega, Alemania y Estados Unidos).

Ahora bien, en un reciente trabajo de Arturo Maldonado con datos del AmericasBarometer del LAPOP (Latin American Public Opinion Project, de la Vanderbilt University) se analiza si existen diferencias en términos de la participación de distintos grupos de ciudadanos de distintos países de la región, con también distintas leyes respecto de la obligatoriedad del voto. Sorprendentemente, los resultados muestran que las diferencias son escasas e incluso no significativas. En efecto, los datos muestran que los jubilados, estudiantes, dueñas de casa y desempleados tienen menos probabilidades de votar que los casados, mayores de edad y más educados, tanto en países con voto voluntario como en aquellos con voto obligatorio. Adicionalmente, otras variables, tales como el nivel de ingreso (quintil de ingreso), el compromiso con el sistema (deber cívico) y el beneficio de votar (haber trabajado para un partido) son aspectos significativos a la hora de sufragar; sin embargo, al igual que con los casos anteriores, no se observan diferencias entre países con o sin voto voluntario.

Pero hay otros antecedentes que entrega, también, la misma encuesta de LAPOP. Por una parte, las diferencias entre inscritos y no inscritos en materia de autclasificación ideológica (izquierda-derecha) no parecen significativas, como tampoco lo serían respecto del grado de aprobación de la violencia como forma de protesta, el grado de confianza en el Parlamento o la autclasificación liberal-conservador.

Ello es consistente con otras encuestas, tales como la UDD 2008 sobre valores (justificación del matrimonio de personas del mismo sexo, aborto, eutanasia y píldora del día después). Asimismo, la encuesta CEP de marzo de 2008 también arroja resultados similares, tanto en las variables ya mencionadas, como también en temas tales como interés en la política o frecuencia con que lee noticias, por citar algunas variables.

Hasta aquí, podría señalarse que el cambio no debiera ser dramático; sin embargo, persiste una pregunta central: ¿Quiénes votaran finalmente de producirse un cambio de este tipo? Es decir, con una reforma electoral de esta naturaleza, ¿podrían producirse alteraciones de los resultados, dado que no se sabe quiénes finalmente irán a las urnas? La verdad es que sí, puesto que el saldo entre votantes nuevos que ingresen y viejos que egresen del sistema no lo sabemos con exactitud. Situación que generará uno de los giros más importantes de la política chilena.

Los jubilados, estudiantes, dueñas de casa y desempleados tienen menos probabilidades de votar que los casados, mayores de edad y más educados, tanto en países con voto voluntario como con voto obligatorio”.



El quinto gobierno

Hace pocos días, el ministro Pablo Longueira declaró—con la estridencia e ironía que le son tan características—que el gobierno de Sebastián Piñera es el “quinto gobierno de la centroderecha”. Un juicio con características balísticas, qué duda cabe, puesto que introduce cizaña y confusión en la centroizquierda al contradecir frontalmente la muy difundida convicción concertacionista según la cual la actual administración no sería muy distinta a un quinto gobierno de la Concertación (en el entendido que se estaría gobernando con ideas de este lado del mundo político).

Como suele ocurrir en política, probablemente no es “ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario” (parafraseando a García Canclini), lo que sugiere que la “verdad” de esta controversia es algo más compleja. Partamos por señalar que lo que se encuentra en juego es la hegemonía de determinadas ideas políticas y económicas, las que pueden ser de “derecha” o de “izquierda”, pero también de ambas y de nadie al haber sido objeto de universalización. En tal sentido, imputar hegemonía a la “centroderecha” o a la “centroizquierda” de la forma en que se suele hacer en esta disputa es una forma de lucha que conlleva ganancias y costos para todos, además de mucha confusión.

En la variante expresada por Longueira, lo que subyace es un enfoque político en el que se destaca la duradera hegemonía del “modelo” heredado de Pinochet, y por consiguiente de la ideología económica que le sirve de soporte: el así llamado neoliberalismo, ese mañoso mote y estigma que se supone habla por sí solo. ¿Será tan así? Una parte de la respuesta se puede encontrar en algunos ideólogos de la derecha de tipo *tea party a la chilena que critican explícitamente a Longueira: desde Buchheister hasta Büchi, pasando por el economista Daza (entre muchos otros que creen pensar con categorías neutras)*, quienes afirman que no se está gobernando con ideas propias, al punto de advertir acerca de los riesgos de populismo desde la derecha en el poder. Y en efecto, lo que causa escozor en esta derecha antipopular es la amenaza de intervencionismo estatal, la constatación de “asfixia” de un mercado en el que se depositan ya no sólo esperanza, sino fe y una ciega confianza en que a fuerza de tenacidad personas libres y conscientes de sus intereses saldrán por sí mismas adelante, aprovechando las oportunidades de una sociedad de mercado.

En la variante triunfalista de una Concertación electoralmente derrotada pero —según se quiere creer— hegemoníicamente dominante, es usual escuchar frases del tipo “corrimos el cerco” hacia una vaga “izquierda” del modelo, con lo cual adquiere un ambiguo sentido la idea de “quinto gobierno de la Concertación”. Pero, ¿qué puede significar esa corrida de cerco? Probablemente, algo así como un pequeño Estado benefactor construido a

punta de reformas acumuladas durante 20 años que terminaron por desnaturalizar el neoliberalismo chileno. De este modo, y sin mediar sobresaltos ni menos subversiones al modelo, la centroizquierda concertacionista habría producido algunas políticas redistributivas universales bajo estándares populares (y no de clase media como en Europa) lo suficientemente elocuentes para dejar atrás la herencia pinochetista. Sin embargo, del mismo modo en que existe un tea party en la derecha, también es posible ver un piscola party en la centroizquierda, un equivalente funcional que sólo ve ideología de derecha en la Concertación, hecha de conservadurismo económico y nulo apego a principios de justicia redistributiva.

Nada indica que esta confusión de sellos y hegemonías de gobiernos vaya a despejarse en el corto plazo. La reciente precandidatura presidencial de Andrés Velasco en eventuales primarias concertacionistas muestra la magnitud de las confusiones involucradas: si la eliminación del 7% de los jubilados y la ampliación del posnatal son para el ex ministro medidas populistas en algún sentido que pocos entienden, entonces es posible ubicarlo a la derecha del gobierno de Piñera (es decir a la derecha de la derecha) sin que quede claro cuál es la izquierda pensable, y sobre todo posible. Al revés, si lo que parece ser una promesa de reforma tributaria del Gobierno y un franco enfrentamiento del regulador estatal con el abusador privado con los consumidores más desfavorecidos, entonces resultan cada vez menos nítidas tanto la izquierda como la derecha.

Si la eliminación del 7% y la ampliación del posnatal son para Velasco medidas populistas, entonces es posible ubicarlo a la derecha del gobierno de Piñera...”.

[<-- VOLVER](#)

<http://www.la2da.cl/modulos/generacion/mobileASP/detailNew.asp?>

[idNoticia=CDO1PT3C820110801&strNamePage=LUCSGCR09SG0108.jpg&codCuerpo=701&iNumPag=09&](#)

[strFecha=2011-08-01&iPage=2&tipoPantalla=240](#)